

textos

novedades

la sociedad como delincuente

Ignacio Castro Rey. Madrid, 18 de mayo, 2013

Después de *Festen (Celebración, 1998)*, película completamente dudosa debido a que en ella el mal sólo figuraba de un lado –el padre, el viejo autoritarismo y los abusos familiares-, *La caza* (Thomas Vinterberg, 2012) resulta angustiada por razones exactamente contrarias. En ella el mal brota del conjunto “femenino” del cuerpo social como de una planta hasta entonces soleada. La discriminación homicida nace ahora de la simple necesidad que cualquier sociedad tiene de “permanecer unidos” frente al mal; en esto consiste la violencia de *La Caza*, en permanecer unidos sin fisuras, soldados por una información “viral” que impide pensar. Vinterberg logra nuestra zozobra dibujando el mal pegado como un guante a lo que hasta ayer era el bien. Su película no tiene nada que ver, en tal sentido, con el maniqueísmo simplón de *La cinta blanca*, pues al fin y al cabo en ésta la violencia aparecía localizada en un puritanismo de cuño autoritario. En *La caza*, sin embargo, los protagonistas son gente civilizada como nosotros, demócratas y progresistas normales, lo cual hace doblemente incómoda la irrupción de una anónima voluntad criminal.

Vinterberg desarrolla en este caso un detallado análisis de lo que podíamos llamar el fascismo social, esta tendencia de todas las sociedades a cohesionarse buscando un mal exterior que se pueda castigar impunemente, a fondo. Tal demonización, igual que el maltrato escolar, le puede tocar a cualquiera, particularmente si vive sin suficiente protección. La pequeña Klara, un poco castigada por las continuas discusiones de sus padres, tiene miedo de pisar las líneas del suelo. Enseguida el problema pasa a ser, para sus progenitores y adultos, la aparición de líneas que se pueden cruzar, que hasta ahora eran invisibles. Mientras la nieve cae en una pequeña comunidad nórdica y el manto inmaculado de la Navidad se extiende, la mancha de la mentira también se extiende, difundiendo un insólito malestar en este pueblo hasta entonces pacífico, que ahora se ve enfrentado a una inquietud nueva.

¿Qué une a la niña Klara y al adulto Lucas? Los dos están poseídos por un estupor provocado por el vocerío social, pues la psicología de ambos está en los márgenes de esa complejidad atronadora. También les une cierto temor hacia el peligro de las fronteras, visibles o invisibles. No siempre se ven, pero están ahí. Es precisamente esa complicidad inicial, defraudada por lo que la niña entiende como un rechazo, la que provocará la reacción de desprecio de Klara. El problema es que en un sistema complejo, una sociedad donde nadie escucha a solas el rumor de su conciencia, cualquier punta de alfiler puede desencadenar un alud.

A raíz de la pequeña mentira de Klara, las mujeres de la guardería donde trabaja Lucas y, poco a poco, toda la ruidosa pandilla de varones, toma partido contra el hasta entonces ciudadano modélico. Aunque la verdad es que las sospechas recaen sobre el hombre adecuado. Lucas es un hombre sensible, un poco solitario y melancólico, pensativo, amante de los niños. Aunque amable y apreciado, él es siempre un poco “triste” –entre nosotros se diría “raro”-, como dice al principio la pequeña Klara recordando la opinión de su propio padre, el mejor amigo de Lucas.

Todas las familias están más o menos en crisis, lo cual refuerza la consistencia de la gelatina social, compuesta por mil átomos solitarios y prensados. El aislamiento de cada cual con respecto a su alma, un aislamiento continuamente comunicado, les impide estar solos. Pero Vinterberg no se pone las cosas fáciles. La sociedad que rodea a Lucas no es violenta, ni particularmente puritana o

fundamentalista. Es moderna y en ella todo circula. Tienen incluso una profesora de origen angloamericano con la que se puede hablar el idioma de la aldea global. Tampoco parece particularmente obsesionada con el sexo: los niños hacen bromas –de hecho, una de ellas desencadena la imaginación de Klara-, los adultos desarrollan libremente sus relaciones. Salvando las distancias, es el mismo entorno liberal donde se desarrollaban los dramas existenciales de Bergman. Sólo que ahora cualquier existencialismo está ausente, pues el drama es aquí político: la sociedad como *policía*, incluso en el mejor de los mundos posibles.

No sólo es la testosterona masculina, motor de la afición a la caza y a los baños fríos de otoño. Son sobre todo las encantadoras mujeres de esta historia –algunas de ellas podía ser simpatizante del 15-M- las que enseguida actualizan el emblema de “tolerancia cero” con los abusos infantiles, posiblemente uno de los pocos tabúes verdaderamente hirientes en esta pequeña comunidad. *La caza* tiene el acierto mortífero de no poner la violencia de un lado, encarnándolo en la parte más tosca de la sociedad. Por el contrario, es el progresismo de la directora de la guardería y de su equipo femenino el que pone en marcha la maquinaria de matar, una voluntad de limpieza moral que enseguida implica al inspector de enseñanza, a la policía, a la industria local, a la antigua mujer de Lucas, a sus antiguos amigos y a la pequeña horda de vecinos. Cuando se da cuenta, Lucas está maniatado, pues incluso su novia anglo –un poco *extranjera*, como Lucas- sospecha de él.

Posiblemente una de las lecciones que Vinterberg quiera transmitirnos, como de otro modo hacían *El diablo sobre ruedas* o *Deliverance*, es la profunda indefensión frente a la violencia –en este caso, la violencia acéfala de lo social- que padece el ciudadano moderno. Tal desarme moral es lo que llevará a Lucas a un estupor inicial y a una espera que resultarán fatales. Lucas es un buen tipo, sensible, dialogante, adorando por los niños y apreciado por los mayores. Pero está habituado a pactarlo todo, a negociarlo todo, a hablarlo todo. “Demasiado civilizado”, sugiere Vinterberg. Cuando vuelve en sí, la jauría humana ya le está despedazando. España, 1999: ¿recuerdan el caso de Rocío Wanninkhof? Es la misma situación, entre otros ejemplos posibles. La madre de la víctima acusa a su antigua amante, Dolores Vázquez, de la desaparición y muerte de la chica. Entonces todo el mundo –también periodistas, psicólogos y Guardia Civil- se vio arrastrado por la oleada de aquella convicción moral. La diferencia clave, que le falta a Lucas y sí tenía Vázquez, es el coraje para emprender inmediatamente una campaña agresiva contra la infamia de la “alarma social”. Esta capacidad para la *violencia de la decisión*, que Lucas no tiene, salvó a aquella mujer de una sociedad de la información que no es menos carnicera que la antigua aldea y sus rumores, pero está además armada con dispositivos de amplificación a distancia.

Ninguna sociedad, tampoco la llamada “sociedad del conocimiento”, es capaz de *ver* los prejuicios que le permiten ver. Igual que ahora en España, en la película de Vinterberg “nadie” es capaz de estar a solas con sus intuiciones, sus sentimientos, sus reflexiones. Nadie es capaz de sentir por cuenta propia y llevar ese sentir al pensamiento. Por eso *La caza* no necesita a conductistas especializados para que el conductismo social cuaje de la más feroz de las maneras. El psicólogo encargado del protocolo municipal, y también parte del paisaje social retratado –incluso los niños-, podrían ser hasta cierto punto un poco *freudianos*, pero esto no cambia las cosas. Todos sospechan, se interesan por el sexo, creen saber de una escena originaria que no puede ser recordada con nitidez. El síndrome de la falsa memoria. Pero un poco de Freud sólo hace del conductismo social una máquina imparable.

El problema es que nadie está a solas con su deseo. Sus razones tendrá, pues Vinterberg no dibuja menos feroces en este punto, como transmisores del encadenamiento social, a las mujeres que a los hombres. Más bien al contrario, la clásica tosquedad masculina sólo parece materializar el paso al

acto de un odio que está latente en el cuerpo social entero. De hecho, los pocos que se apartan del fascismo democrático son tres varones: Marcus, hijo de Lucas, su padrino y su amigo, el padre de Klara, que finalmente rompe el cerco colectivo. Sin embargo, una vez que la voluntad pacifista de Lucas se ha consumado en una aparente reconciliación final que tarda un año en volver, el disparo amenazador en una jornada de caza, una bala que puede provenir de cualquiera, marca el triunfo definitivo de la sociedad como delincuente perfecto. Lucas nunca podrá volver a estar seguro. Para empezar, porque ha visto el *otro lado* de esta democracia aparentemente pacífica.